

en la ciudad una de las casas de nueva construcción, mas elegantes y mejor amuebladas, y allí solian reunirse algunos españoles, colonos y soldados.

Sanchez Farfan, obedeciendo una orden de Cortés, habia traído á México su familia, porque en esa orden se disponia, que todos los españoles residentes en la Nueva España, ó que en lo sucesivo llegasen, cuidaran de traer al reino la familia que en la metrópoli tuviesen, con el doble objeto de aumentar la población europea, y de evitar el que hombres que eran casados en la metrópoli, volviesen á contraer matrimonio en un país en donde no eran conocidos, y en donde era casi imposible hacer una averiguación.

Sanchez Farfan era viudo, y tenia dos hijas rubias, como dos estrellas, con unos ojos azules ambas, como el cielo de México, con un garbo y una gracia, que eran la admiración y el encanto de los concurrentes á la casa.

Inés, la menor de las dos hermanas, contaba veinte años, y Sara, la mayor, no llegaba aún á los veinticuatro.

Durante el invierno, cuando las lluvias no impedían á los vecinos salir cómodamente á la calle, en la casa de Sanchez Farfan habia veladas alegres, en las que las niñas cantaban al son de la guitarra ó del salterio, y los amigos jugaban á los naipes ó danzaban.

Rodrigo de Albornoz conoció en España á la familia de Sanchez Farfan: Sara le pareció hermosa, y naturalmente, al encontrarse con ella en México, frecuentó su amistad y fué uno de los mas asíduos tertulianos.

Sanchez Farfan, por su parte, estaba orgulloso con las visitas de Albornoz, sobre todo, cuando le vió de gobernador: á él no se le ocultaban sus pretensiones amorosas; pero quiso aprovechar aquella pasión, fuera ó no correspondida.

5

Continúase tratando del mismo asunto que en el anterior.

CORTÉS sabia, á no dudarlo, que los *oficiales reales* eran todos sus enemigos; y sin embargo, Estrada y Albornoz, fueron nombrados por él gobernadores del reino.

Los hombres de gran corazón sueñan que los beneficios y la confianza tornan á los enemigos en amigos, y á los envidiosos en partidarios;..... santa ilusión, que por mas que el mundo se empeña en desvanecer, el que la ha tenido una sola vez, no puede nunca dejar de sentirla.

Gonzalo de Salazar, con toda la mala fé propia de su carácter, aconsejó y comprometió á Hernán Cortés á dejar en México á Estrada y Albornoz, y su plan diabólico comenzó muy pronto á producir el efecto que él se esperaba.

Estrada y Albornoz se aborrecían; y aquel odio, oculto como el fuego de un volcán que trabaja sordamente, no tardó en hacer explosión.

El procurador mayor del cabildo, Sanchez Farfan, tenia

por su hija, haciendo del amante una palanca para detener siquiera por algun tiempo en su casa, el fugitivo carro de la fortuna.

Una noche, poco tiempo despues de la salida de Cortés, departian agradablemente en la casa de Sanchez Farfan todos los comensales.

Albornoz era el objeto de las atenciones y de los cuidados de la familia, y ocupaba, por decirlo así, el centro de aquella reunion.

—¿Sábese algo de nuestros soldados?—preguntó Sanchez al gobernador.

—Poco, ó nada,—contestó Albornoz;—á esta hora, acampados estarán en alguno de los desiertos bosques que por allí abundan, y á buen componer, habrán tenido que pelear todo el dia con los indios ó con las fieras; que si á creerse van los informes de los correos, larga y penosa por demás es la travesía.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Sara, que al lado de Albornoz estaba,—que vuesa merced no marchó en esa expedicion; que nosotros estaríamos ahora sin sosiego y México sin amparo, y quien sabe qué habria pasado ya en la colonia.

Albornoz movió su cabeza con fatuidad, como diciendo en su interior: «en efecto, tan querido soy para esta familia, como necesario para la paz de estos reinos;»—y contestó en voz alta, queriendo realzar su mérito con la modestia.

—Si alabanzas desvanecieran á los que conocen su poco valer, sin duda que la que de oír acabo, me haria vacilar completamente; pero conózcome, y fuera del aprecio que en esta casa he alcanzado, no encuentro cosa que recomiende en mí al buen gobernante.

—Vuesa merced perdone,—dijo Ines,—si á contradecirle me atrevo; que esa modestia de vuesa merced, prueba su relevante mérito; no, sino que habiamos de creer que las cosas del servicio de su majestad caminaban mejor con Hernan Cortés, tan entregado á la amistad de los indios, que mas parece un compañero de Guatemuz, que un hidalgo español. Vuesa merced entienda, para su satisfaccion, que si los que aquí vivimos pudiéramos hablar á su majestad, ó su majestad pudiera ver lo que aquí pasa, si no vuesa merced, nadie gobernaria estos reinos; que así lo dicen todos, y no se oye mas que esto por las calles.

Albornoz, enorgullecido por aquella nueva adulacion, iba ya á contestar, pero se lo impidió Francisco Orduña, escribano del cabildo, que era tambien de la reunion, diciendo alegremente:

—Vuesa merced, señor, lleva aquí el pleito perdido; que capaces serian las hijas de Sanchez Farfan de decir esas verdades en medio del cabildo, y doy fé de que en muchos años que llevo de conocerlas, no he sabido que digan mentira, ni que oculten la verdad, por mas que de esto les viniera alguna ventaja.

—Es cierto,—contestaron á un tiempo Sara é Inés.

—Y ya conocerá vuesa merced,—agregó Sanchez Farfan,—porque eso no se oculta ni á su misma modestia, que cuanto mis hijas dicen, si por el amor que á vuesa merced tienen, se animan á manifestarlo, lo han aprendido en las conversaciones con personas de todas clases á quienes tratan, y ojalá que lo que ellas y todos deseamos, á realizarse llegara; que vuesa merced haria al rey muy grandes y distinguidos servicios.

—Al menos, por falta de voluntad no quedaria,—dijo

hipócritamente Albornoz,—que Dios sabe cuanto procuro hacer, hoy que casi tengo las manos atadas.

—Permítame vuesa merced,—replicó Orduña el escribano,—que le diga que se hace en esto muy poco favor, porque, en testimonio de verdad, doy fé de que vuesa merced ha llegado con su energía, su inteligencia y su acierto, á dominar al Ayuntamiento, al señor tesorero Estrada y al licenciado Zuazo.

—Mala sangre me hace á mí ese licenciado,—exclamó Inés,—tan amigo y tan lisonjero de Cortés.

—Pues á mí,—dijo Sara,—peor me la hace Estrada, que se ha opuesto al nombramiento de alguacil que se iba á hacer en Diego de Zamora, solo porque corrian voces de que era pretendiente de mi hermana Inés, y porque el tal Estrada dió y tomó en hacerme los ojos tiernos, y yo en mirarle como si trajera un sambenito.

—Nada digo de él,—replicó Sara,—porque se creeria que mi particular resentimiento me obligaba á odiarle; pero tan malo es como el Lic. Zuazo, y no deseo mas, sino que Dios se los lleve á su santo reino, para que dejen el gobierno, como estar debiera, en las manos del señor contador Albornoz.

—¡Silencio, niñas!—dijo fingiéndose grave Albornoz, pero dando á entender que todo aquello le lisonjeaba, y que deseaba que la conversacion siguiera;—no me volvais malo ni ambicioso, que al oir eso de vuestras bocas, seria capaz un hombre de sentirse cambiado.

—Así sosegaria vuesa merced al mar, como callar á mis hijas, tratándose de esa materia,—contestó Sanchez Farfan;—vuesa merced no sabe lo que le aprecian y lo sentidas que están, por el desaire que llevaron, no consi-

guiendo el nombramiento de alguacil para Diego de Zamora.

—¿Tanto empeño ponian en ello?—preguntó Albornoz entre alegre y grave.

—Tanto,—replicó Sara,—que á no ser porque no queremos nunca molestar á vuesa merced, le hubiéramos presentado nuestro agravio y pedido proteccion; pero Inés dijo que quizá vuesa merced no podia hacer otra cosa en el asunto, que buscarse un disgusto grave.....

—No, Sara,—interrumpió Inés,—no fuí yo quien tal dijo, sino tú, y bien se me alcanza, que por menos que quieran al Señor contador Albornoz, y por mas que se le opongán, cosa que él desea, se consigue sin falta en el cabildo.

—De que doy testimonio,—agregó el escribano Orduña, haciendo una reverencia.

—¡Inés! ¿tal dices?—exclamó Sara.

—Que verdad es, y será siempre,—replicó Inés.

—¡Mira qué sostienes!

—¡Mira qué niegas!

—Vaya, dejemos eso, que no es para que tengais disgustos, y tanto mas, cuanto que á Dios gracias, todo tiene remedio en el mundo, y por fortuna en nuestras manos,—dijo Albornoz.—¿Aun os empeñais por ese nombramiento?

—Sí señor,—contestaron las muchachas bajando los ojos.

—Bien, enviad mañana á llamar á ese jóven, y decidle que despues del cabildo se me presente, que él tendrá su nombramiento de alguacil, y vosotros satisfaccion debida á vuestro agravio.

—¡Cuán generoso es vuesa merced!—exclamó Inés.

Y Sara, aprovechando el momento en que todos los con-

currentes se miraban unos á los otros, como dándose mutuamente el parabien; buscó la mano de Albornoz, se la oprimió con fuerza, y dirigió una mirada al contador, capaz de trastornar á un santo.

Cuando Albornoz y los demas se retiraron, Sara que habia quedado sola con Inés, la dijo radiante de gozo.

—Ahora sí, alguacil tendremos á Diego de Zamora, aunque rabie D^a Gabriela de Aguilera, á quien Estrada sirve y protege, y que tanto empeño tenia en oponerse á lo que deseábamos.

—Gracias á tu viveza,—contestó Inés,—y al dominio que has adquirido en el corazon de Albornoz.

Al siguiente día, México presenciaba un gran escándalo.

Tratóse en el cabildo del nombramiento de un alguacil, lo cual era por demas sencillo, y en ningun tiempo habia dado motivo á alguna disension.

Pero en aquel dia, sin que los alcaldes ni los regidores, ni el mismo licenciado Zuazo supiesen la razon, Estrada y Albornoz se hicieron de razones y comenzaron á increparse rudamente.

Albornoz se empeñaba en que el dicho nombramiento recayese en Diego Zamora, y Estrada se oponia á ello con toda su energía.

—Decididamente,—dijo el primero,—vuesa merced, señor tesorero, piensa que á su arbitrio se han de gobernar todos los asuntos del reino, y por mi fé que estoy yo poco dispuesto á consentir que persevere vuesa merced en tan torpe error.

—Pues vea vuesa merced cómo ha de ser,—contestó Estrada pálido de ira,—porque tampoco yo toleraré se

burle mi autoridad, por persona que osare á ello, y aunque se llame Rodrigo de Albornoz.

—Quizá vuesa merced ignora,—dijo con aparente calma Rodrigo de Albornoz,—que mi autoridad, tan alta como la suya, sostenida está por un estoque que no en balde ciño.....

—Amenazas son, propias para espantar villanos, y no para amedrentar á hombres como yo, que las desprecia.

—Paz! señores, paz!—exclamó el licenciado Zuazo.

—Veremos de probarlo,—dijo Albornoz metiendo mano al estoque.

—Quedaré muy pronto satisfecho vuesa merced,—repitió Estrada desnudando su espada y dando un paso atrás, pero poniéndose en guardia.

—Señores, en nombre de su Majestad, reportaos,—dijo Zuazo.

—Paz! paz! y ténganse al rey!—gritaban los alcaldes.

—Apartaos,—gritaba furioso Albornoz, procurando separarse de los que le contenian;—dejadme castigar á ese villano.

—Yo os haré tragar con mi espada esa frase,—decia Estrada luchando por arrojarse sobre su contrario.

El rumor era espantoso.—Ténganse al rey!—ténganse á la justicia!—paz!—favor!—estos gritos se escuchaban por todas partes; las gentes acudian en tropel, atraídas por el rumor del escándalo; los regidores, pálidos, se interponian entre los adversarios, y Estrada y Albornoz, rojos y jadeando de la cólera y la fatiga, se amenazaban de lejos con sus espadas y se injuriaban horriblemente.

Por fin consiguieron llevarse á cada uno por su lado, y se sosegó el alboroto. El nombramiento de alguacil no llegó á hacerse, y Estrada triunfó por entonces.

En la tarde del mismo día, salía un correo para Cortés, notificándole todos los acontecimientos.

El plan de Gonzalo de Salazar salía perfectamente bien.

Parece inútil advertir que Sara é Inés tuvieron, al saber la noticia del escándalo, un positivo disgusto, y que Albornoz procuró no asistir aquella noche á la tertulia.

Estrada salió orgulloso, porque Diego de Zamora no fué nombrado alguacil.

Pero sobre todo, la armonía no volvió á restablecerse, á pesar de los esfuerzos del Lic. Zuazo.

Conoce el lector á un nuevo personaje, y con este motivo tiene noticia de algunos acontecimientos importantes.

ENTRE los colonos que atraídos por la fama de las riquezas fabulosas del imperio de Moctezuma, habían llegado á México, se encontraba un hombre que sin tener oficio ni profesion alguna, logró establecerse, merced á secretas industrias: llamábase el tal, Ginés de Saldaña, y era un morillo de Granada, tornadizo, que ya hombre había abrazado la religion de Jesucristo y sospechado por la Inquisicion, llegó á buscar á México suerte mas propicia.

Era Ginés un descreido, mas audaz que un halcon, mas astuto que un zorro, y mas ladron que una urraca; flaco de carnes, pequeño de cuerpo, y amarillo de color; tenia desde su nacimiento una pierna mas larga que otra, por lo que andaba de una manera bien extraña; sus dientes incisivos eran tan desproporcionados, que inútilmente procuraban cubrirse con los labios, y un bigote poco poblado